

**Norman COHN**, *Noah's Flood: The Genesis Story in Western Thought*. Yale University Press, New Haven & Londres 1996 (tela), 1999 (rústica), 154 pp., 37 ilustraciones en color y b/n.

La historia de la interpretación del Diluvio resulta tan fascinante como el mismo relato del Génesis y el Profesor Cohn la presenta con claridad, erudición, y espléndidas ilustraciones. El relato del Diluvio se ha mostrado tan prolífico en generar sentidos como el arca de Noé en acoger representantes de animales. Además del problema de la población humana y del control demográfico (como parece ser la idea en los relatos mesopotámicos originarios) o la purificación del mundo y el Bautismo (en la primera interpretación cristiana), el famoso relato bíblico del castigo divino ha servido como base documental de primera importancia para el estudio geológico de la tierra y su formación. Sólo a finales del siglo dieciocho, con obras de Buffon y Hutton, pasó el Diluvio a ocupar un puesto diminuto en las especulaciones científicas, y naturalmente, no tardó en llegar su revitalización con Richard Kirwan, un pionero del fundamentalismo, horrorizado ante la idea de que las nuevas teorías sobre la edad de la tierra destruirían la moralidad y la religión. No ha ocurrido así exactamente, y el Diluvio nunca ha sido un dogma de la fe cristiana, pero su capacidad extraordinaria de generar y fomentar interpretaciones y descubrir sentidos ocultos y misteriosos hace que la lectura de este libro se convierta en admiración del poder misterioso de los relatos y leyendas más antiguos de la humanidad, y del valor que durante tanto tiempo tuvo la Sagrada Escritura como fuente de información científica. La historia del Diluvio y del Arca de Noé, con su dramática belleza y suspense, no sólo fija la atención de un niño sino que ha dado mucho que pensar a teólogos y científicos, y lo seguirá haciendo.

A. de Silva

**Joseph DORÉ (dir.)**, *Le Livre des Merveilles*, Conseil de Présidence du Grand Jubilé de l'An 2000. Mame/Plon, Paris 1999, 1344 pp.

El libro que presento es una iniciativa del Consejo de Presidencia del gran jubileo del año 2000, bajo la dirección de Mons. Doré, arzobispo de Estrasburgo; el subtítulo que figura en la portada resume en breves palabras su contenido: se trata de 365 historias verdaderas para ser leídas diariamente a lo largo del Año del Gran Jubileo. Unas «historias» en cada una de las cuales, y con mayor razón en su conjunto puede verse reflejada la acción de Dios en el mundo. Se trata —como escribe en la presentación el cardenal R. Echeagaray, Presidente del Consejo de Presidencia del Gran Jubileo del Año 2000— de «una historia encarnada, la de hombres y mujeres que han colaborado con el designio de Dios»; y el propósito es «que esta multitud de historias, propuestas a la meditación del lector como las perlas de un rosario que se desgrana, susciten una gran oración de acción de gracias ante las maravillas que Dios realiza en el mundo por su Iglesia, sacramento de salvación».

Ha sido una acertada idea, en unos tiempos en que no pocos tratan de polarizar morbosamente la atención de la opinión pública sobre los errores o desviaciones de algunos hombres de Iglesia o de ciertas instituciones eclesásticas; cuando se intenta con torcida intención que el árbol de unos hechos —siempre relativamente pocos— impida ver el ancho panorama del bosque; ha sido un acierto —decimos— exponer ante los ojos del hombre de hoy el admirable espectáculo de las maravillas obradas por Dios en el mundo por medio de su Iglesia, merced a la apertura a la gracia de una muchedumbre de discípulos de Cristo, que a lo largo de veinte siglos han sido heroicamente fieles a los designios de Dios.

«Fue así —explica en la introducción Mons. Doré, arzobispo de Estrasburgo— como surgió la idea de atribuir a cada uno de los

días del Año Santo 2000 la conmemoración de una figura, de un acontecimiento, de una iniciativa o de una institución en las cuales se debe reconocer la traza de Jesús, la "secuela" de Cristo». El Comité editorial solicitó y obtuvo la colaboración de buen número de especialistas en historia de todas las épocas y armonizó y dio unidad a sus trabajos. Nació así una obra que, reuniendo todas las garantías de seriedad científica, más que un libro de historia fuese un libro de «historias»: «un libro de hermosas historias verdaderas, que relate hechos ciertos y recoja informaciones bien comprobadas, pero que suscite interés y retenga la atención, que habla al corazón». Estas historias son «las "maravillas" humanas en las cuales —no tememos decirlo, escribe Mons. Doré— se revela y atestigua para nosotros el Misterio mismo del Dios vivo y verdadero».

Las 365 historias están expuestas en orden cronológico, a partir de los desposorios de María y José, que corresponden al 24 de diciembre. Luego, a lo largo del año, avanzando en el tiempo al ritmo de los días, las semanas y los meses, siguen las historias, aunque el signo característico que presidió cada período permite al editor insertar una rúbrica al frente de cada uno: Apóstoles y mártires, bárbaros y evangelizadores, emperadores y monjes...; y más tarde, misioneros y románticos, justos y verdugos... Es imposible reseñar, aunque fuera sólo sumariamente, la temática de las historias. Son éstas, en primer término, semblanzas personales. Semblanzas de hombres y mujeres cristianos, desde los Apóstoles Pedro y Pablo, el protomártir Esteban, hasta los mártires y confesores de todos los tiempos. Y eso, sin olvidar a los genios cristianos de la Ciencia, como Pascal, Mendel o Pasteur; o del arte, como Fray Angélico; o de la Música, como Monteverde, Bach o Haydn; o de la Literatura, como el Dante, Dostoievski o Péguy. Y los santos del mundo contemporáneo: Don Bosco, santa Teresa del Niño Jesús, el beato Josemaría Escrivá, san Maximiliano Kolbe, santa Edith Stein y tantas y tantos otros.

Las otras «historias» no tratan de personas individuales sino de acontecimientos, instituciones e iniciativas de diversa clase, que reflejan igualmente la belleza y fecundidad de la Iglesia. La exposición sigue también, a grandes rasgos, un orden cronológico. Entre esas historias cabe citar la persecución de Diocleciano y el concilio I de Nicea, en la época cristiano-barbárica, el bautismo de Clodoveo o la conversión de Recaredo, en los tiempos bárbaros; la peregrinación a Compostela, la fundación de Cluny, la Tregua de Dios o el canto gregoriano en el Medioevo; el concilio de Trento, la batalla de Lepanto, el barroco, en la Edad Moderna; y en la época contemporánea, los dogmas de la Inmaculada y la Ascensión, el genocidio de los Armenios, los pactos Lateranenses, las encíclicas antitotalitarias de Pío XII y el concilio Vaticano II.

«Sería ingenuo —dice el Arzobispo de Estrasburgo al final de la introducción— creer que todo ha sido y es perfecto en la Iglesia... Se ha dado el caso de que miembros de la Iglesia, incluso algunos de sus reponsables, hayan sido gravemente indignos o culpables, cobardes». Pero aunque la propia Iglesia haya sido alguna vez infiel o se haya sentido fatigada e incluso incierta, no por ello ha dejado nunca de estar enriquecida por todas las promesas de Dios». Y Mons. Doré concluye parafraseando las palabras finales del Evangelio de san Juan: «En la Iglesia, el Señor ha realizado en veinte siglos muchas otras maravillas más que las que han sido recogidas en este libro. Estas han sido escritas para que vosotros viváis y, viviendo, creáis también en las maravillas de Dios».

«Le Livre des Merveilles» cuenta con tres índices: uno onomástico, otro temático y un tercero que recoge los principales decretos, encíclicas, bulas y otros documentos citados. Este libro que es el fruto de una idea sumamente original y que ha sido posible realizar gracias al entusiasmo y la dedicación de muchos, constituye sin duda una inteligente y lu-

minosa contribución a las solemnes celebraciones del Gran Jubileo.

J. Orlandis

**John DRURY**, *Painting the Word: Christian Pictures and their Meaning*, Yale University Press-National Gallery Publications Limited, New Haven-Londres 1999, 201 pp., con 166 reproducciones en color.

Pintar la Palabra Eterna es una actividad con una historia muy larga en la cristiandad, y no es posible descubrir la riqueza de tantas obras de arte sin un conocimiento exacto del lenguaje que han usado los artistas. Pero no se trata de un interés de anticuario sino de «ver» la Palabra de Dios sobre el lienzo o la madera. Ver tiene hoy connotación de algo rápido y pasajero, muy lejano a aquella actividad visual que era para los florentinos una «noble» ocupación, la más noble de las facultades. De ahí la responsabilidad del que mira a una obra de arte. Tenemos que esforzarnos por mirar un cuadro de manera parecida a como el pintor miraba al pintarlo. Ver arte cristiano es, desde luego, una actividad física, y ayuda ver como ven algunas figuras (como los donantes) dentro del cuadro. El mismo arte de la pintura parece haber nacido con el cristianismo. «El Verbo se hizo carne... y lo hemos contemplado» es algo así como el lema de los pintores porque «habla del tipo de transubstanciación que es su trabajo, que desafía a su imaginación y que resulta en sentido y valor».

El libro de John Drury, sacerdote anglicano, teólogo y deán en Christ College (Oxford), es un tríptico cuyo centro es la narrativa de Jesús desde su concepción/encarnación, nacimiento, bautismo, hasta su muerte y Resurrección. Las tablas de los lados se fijan en dos modos muy distintos de ver y pintar la fe. En el primero y ya pasado, el mundo entero se veía con los ojos de la fe: la cristiandad era el mun-

do y el mundo la cristiandad. En el segundo, en la última parte del libro, Drury se detiene en un mundo que empieza a verse a sí mismo de manera diferente, sin referencia directa o expresa a la fe cristiana, y sin embargo, en modos que son todavía profundamente religiosos y cristianos. Al menos para el espectador que de verdad les dé su tiempo, esfuerzo, y ojos. Una de las ideas claves a lo largo del comentario artístico es la de *sacrificio*, que predomina como tema o contenido en el arte de una religión fundada sobre el acto sacrificial de Jesús. Pero también el artista vive en un sacrificio que hace posible la ofrenda de su arte cristiano. Por otra parte, en lo que se refiere al espectador, en la iglesia especialmente, pero también en el museo, no es posible ver sin salir de uno mismo, y esa salida generosa en el centro de la fe se materializa en la acción a través de obras altruistas.

Rubens y Velázquez son los dos pintores escogidos para explicar e ilustrar la última parte, y la lectura me pareció de particular interés, tal vez por estar en completo acuerdo con Drury en su lectura del arte, aunque a veces su terminología pueda parecer desconcertante a algunos oídos. La santificación de lo ordinario permea toda la enseñanza de Cristo y de los evangelios, y así podemos ver un tipo de obra de arte que en su temática no es «cristiana» y sin embargo, es profundamente cristiana. En otras palabras, puede haber un cuadro de la Virgen sin halos o aureolas, y tan auténtico o cristiano o piadoso como uno de la Edad Media con todo el bagaje artístico del pintor medieval. María de Nazaret, no hay duda, no tuvo ninguna aureola en vida. De ahí precisamente, la importancia de aprender a ver para el cristiano con los ojos de la fe y del amor. Esta santificación de lo ordinario, afirma Drury, absolutamente reafirmada y fuertemente anclada en el misterio de la Encarnación, es el *sine qua non* del arte cristiano. Lo demuestra después con varias obras de la época sevillana de Velázquez, en las que vemos al gran maestro de la pintura esforzándose por resolver el problema de la representación de la rea-